

# Capítulo 1: La pesca peligrosa

*Tymon Scott*



—Vámonos— le despertó la voz. —¡Ya es hora! Me prometiste—.

Decía la verdad. Diego le había prometido a su hermano que lo llevaría a pescar antes de que saliera el sol. Ya los primeros susurros del alba correteaban las tinieblas por detrás de los cerros al este y se notaba un chorrillo de luz filtrado por la tienda en la que hasta ahora había estado soñando tan profundamente...

—¡Ya, pues!— de nuevo, los ojos se le abrieron de golpe.

— Sí, sí, ahora mismo— vino su respuesta soñolienta. Después de algunos momentos de rebuscar, halló los lentes. Raúl ya se había puesto los zapatos—un par de zapatillas ridículas con luces rojas titilando en las suelas. Diego las veía guiñar mientras su hermano salía de la tienda. Al atar sus propios zapatos—un par mucho más práctico de botas de montaña (un regalo de su mamá, que sabía de su amor por acampar)—escuchaba unos crujidos afuera de la tienda.

— Más te vale que tengas cuidado con mi caña— murmuró mientras se puso el abrigo. Con el frío del otoño tardío, se nubló su aliento en cuanto levantó la solapa de la tienda.

— ¿Listo?— Diego se volvió hacia la voz y vio a su pequeño hermano sonriente que tenía apenas la mitad de su edad. Tenía las dos cañas de pescar en una mano y la caja de anzuelos en la otra. Estaba dando brincos de emoción. Diego se rió dentro de sí. Los ánimos del niño eran contagiosos. Su somnolencia se empezaba a desvanecer y Diego decidió que, después de todo, estaba alegre de que lo habían convertido en un viaje familiar.

Estirándose y con un bostezo, lo dirigió rumbo al lago.

— Sígueme. ¿Quieres pescado para el desayuno?— la respuesta entusiasmada de su pequeño hermano perforó el silencio de la mañana.

— Está todo muy callado— pensó, después de que el eco se había desvanecido, dándose cuenta de que ni siquiera se escuchaban los ronquidos de su padre en la tienda de al lado, ni un solo pajarito clamando el amanecer; solamente el crujir de sus pasos en la escarcha.

— Ya pues, cálmate. No vayas a espantar a los peces— le advirtió al pequeño Raúl que había corrido a su lado, los rayos rojos de sus zapatillas proyectando sombras retorcidas en las hojas con cada paso. En la luz tenue, apenas distinguían el lago oscuro. El agua permanecía casi perfectamente quieta. Unas cuantas ondas se deslizaban silenciosamente sobre la superficie, pero Diego no veía ninguna indicación de que siquiera un solo pez hubiera habitado el lago alguna vez, a pesar de que había pescado muchas veces allí con su padre.

Al llegar a la orilla, miraron el agua. Se veía muy oscura, casi negra.

— Un lago de tinta— susurró Raúl, haciendo eco de los pensamientos de Diego. Un escalofrío le recorrió la espalda; Diego no sabía qué lo habría causado. Le miró a su hermano, pero él no parecía haber sentido nada. Todavía se notaba

una sonrisa en la cara.

— A ver, enséñame cómo agarras la caña— le dijo al menor, ignorando el temor extraño que había sentido unos momentos atrás.

De repente, un fuerte ulular de un búho se oyó, interrumpiendo la lección antes que pudiera empezar. Fue el primer sonido orgánico que Diego había sentido desde que se despertó.

—¡Mira!— exclamó Raúl, señalando hacia los árboles detrás. Justo a tiempo, Diego volteó para ver, y tuvo que agacharse de inmediato, no fuera que una sombra volante le quitase la cabeza. El búho se dirigía al lago, seguramente para agarrar algún pez que Diego no podía ver. Los hermanos miraron mientras el búho, apenas treinta metros más allá de ellos, envolvió sus garras alrededor de algo que parecía una serpiente gorda y larga.

El búho logró jalarlo quizás dos metros fuera del agua antes de rendirse. La dejó caer, y el chapoteo resultante sonó como un timbal. El eco resbalaba a través de la superficie del lago entre los árboles a un lado y el cerro al otro, repitiendo como dos tambores mojados en un duelo. El búho voló enfrente de la luna, que aún se veía—una astilla, no más; como un anzuelo blanco en el cielo—y se fue.

Después de una eternidad, se desvaneció el eco y se calmó el agua. De nuevo el silencio les llenó los oídos.

— Eso no era ningún pez—... Raúl sintió la cabeza en acuerdo sin decir nada. Luego de varios momentos de pensamiento silencioso, Raúl le extendió la caña de pescar a Diego.

— ¿A ver?—

— ¿Qué crees que fue?— Diego tomó la caña. De nuevo se sintió infectado con la emoción de su hermano menor; esta vez, con una curiosidad mórbida.

— Solo hay una manera de averiguarlo—. Raúl siempre había sido curioso y alentador con su hermano mayor, a quien, Diego sabía, lo admiraba como héroe. Le llevó tres intentos enganchar a la presa del búho, lo que le proveyó tres oportunidades para enseñarle a Raúl cómo se lanza el hilo y cómo recogerlo con el carrete.

La tercera vez que lo lanzó, sintió que el anzuelo se había enganchado en algo carnoso y grande, con un peso enorme. Casi se podía oír que el anzuelo chapoteaba en cuanto se hundía más profundamente en la carne blanda y gomosa. Con un tremendo tirón de la caña, por fin el objeto misterioso empezó a moverse.

— Ayúdame— le instruyó Diego a Raúl. —Enrolla el hilo como te enseñé. Yo voy a jalarlo con la mano. Cuidado de no entrar al agua, o se te congelarán los pies—.

Le pasó la caña a su hermanito y trabajando juntos, heroicamente trajeron a la monstruosidad poco a poco más cerca de la orilla. Fue una lucha titánica; la cosa no quería moverse, y si hacían una pausa, para ajustar el ángulo o para cuidarse de que el hilo no se rompiera con tanto jalar, el coloso tendía a retroceder, negando el progreso que iban logrando—un sentimiento no muy diferente de sacar las botas del lodo pegajoso. A pesar del frío, ambos sudaban.

Después de lo que a Diego le pareció horas, alcanzaron arrastrarlo hasta la orilla, consiguiendo sacar la mayor parte de la masa fangosa del agua. Raúl dejó caer la caña, y no perdió tiempo en sacar las algas y el barro de su trofeo empapado. En cualquier otro momento, Diego le hubiera regañado por el descuido de la caña, pero ahora se ocupaba en examinar al *calamar gigante*.

Raúl terminó de limpiar el ojo del monstruo marino. Era asombroso; más grande que un plato —más grande que mi

cabeza—, pensó Diego, era vidrioso y negro como una bola de boliche. Era una visión pavorosa en la luz mínima de la madrugada. —¿Por qué sigue tan oscuro todavía? El sol ya debería haber salido—... Un escalofrío de nuevo le corrió la espalda, pero seguramente no fue nada más que el viento helando su sudor...

— ¿Está muerto?— la voz familiar le trajo de vuelta a la realidad.

— Sí, está muerto— observó Diego. —No sé cómo ni por qué está en este lago. Los calamares viven en el océano—.

— Pues, ¡hay que mostrárselo a papá y mamá!— y con esto, el niño se fue corriendo hacia el campamento con sus manos todavía cubiertas del agua oscura y espesa. Diego se quedó para recuperar el anzuelo. Se había atascado en la aleta rígida, y Diego vio una rajadura larga entre el anzuelo y el punto en que perforó al inicio, unas ocho pulgadas que había rasgado. Sacó el anzuelo de una. El agua alrededor de los tentáculos se onduló ligeramente. ¿Notó un tic? No, no, habrá sido la imaginación. Pero ciertamente no imaginaba que se estaba poniendo más frío, ni tampoco la neblina que se arremolinaba ahora sobre la superficie del lago...

—¡Diego!— gritó Raúl, y por primera vez se notó pánico en su voz. Agarrando el equipo de pesca, Diego se lanzó a correr hacia las tiendas.